

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

EL VETERANO

ZARZUELA.

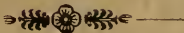
ORIGINAL EN UN ACTO Y TRES CUADROS, EN PROSA Y VERSO

DE

Alfonso Benito Alfaro y Bonifacio Pinedo

MÚSICA DEL

MAESTRO ALVIRA



4

MADRID

SALÓN DEL PRADO, 14, HOTEL.

1902

EL VETERANO

Esta obra es propiedad de sus autores y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL VETERANO

ZARZUELA

ORIGINAL EN UN ACTO Y TRES CUADROS, EN PROSA Y VERSO

DE

Alfonso Benito Alfaro y Bonifacio Pinedo

MÚSICA DEL

MAESTRO ALVIRA

Estrenada con gran éxito en el TEATRO ELDORADO la
noche del 21 de Agosto de 1902



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

—
1902

AL EXCMO. SEÑOR

D. Francisco Fernández y González

*el mejor de los hombres, en prueba
de respeto, gratitud y cariño.*

Alfonso Benito Alfaro.

Bonifacio Pinedo.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
JULIO.....	SRTA. FONS (J.)
TERESA.....	BELTRÁN.
PABLO.....	SR. PINEDO.
PEDRO.....	DAINA.
JUAN (1).....	ONTIVEROS.
SANSÓN.....	NADAL.
VICTOR.....	CURONISY.
CARLOS.....	RODRÍGUEZ.
LUIS.....	ÁNGULO.

Soldados, chicos, hombres, y mujeres

Época 1824

Derecha é izquierda, las del actor

(1) Este personaje habla bastante deprisa.



ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Plaza de un pueblo. A la izquierda casa saliente con puerta y ventana. Colgadas junto á la puerta algunas prendas usadas de hombre. A la derecha casa con puerta. Sobre ésta un gran pato blanco. Al fondo calle.

ESCENA PRIMERA

MUJERES DEL PUEBLO

Música

MUJERES Dicen que en el regimiento,
que hoy al pueblo llegará,
vienen mozos muy gallardos
y muy finos además.
¡Ay qué dicha si uno de ellos
yo pudiera conquistar
para dar envidia á todas
las muchachas del lugar!

UNAS Vov corriendo á aci alarme
y á esperarles voy desp.és.

OTRAS El mejor de mis vestidos
para verles me pondré.

TODAS

Y al ver mi tipo
tan elegante
y mi palmito
tan seductor,
más de un buen mozo
fino y galante,
sin duda alguna
me hará el amor.
A casa, pues.
Seré feliz
si mi ilusión
consigo al fin.

ESCENA II

JULIO y JUAN

Hablado

- JUAN (Viendo irse á las mujeres.) Miralas, qué bonitas, parecen palomas torcaces.
- JULIO Entre todas no valen la mitad que mi Teresa.
- JUAN No digas eso, hombre, no digas eso; que ahí van unas morenas, y unas rubias, y unas trigueñas tan mareantes, que cuando cualquiera de ellas entra en el herbolario de mi principal.. me pongo tan aturdido, que mi amo me pone de melón y calabacín, que quien le oye se cree que pertenezco á la familia de las cucurbitáceas.
- JULIO Es que eres muy enamorado, amigo Juan.
- JUAN ¿Y de qué me sirve tener en vez de corazón un tarro de esencia de bergamota, si las hembras no me quieren y se burlan de mí, sólo por este pequeño defecto? Mira, cuando pienso en esto, me entran unas ideas tan malas, tan malas, que el mejor día hago una ensalada de hojas de cicutaria, la sazono con sal arsenical, le añado unas adormideras y *juanicidio* al canto.
- JULIO La cosa no es para tanto, Juan. (En este mo-

mento sale Pedro de su casa, atraviesa la escena y vase último término izquierda. Lleva dos cubos vacíos de madera.)

JUAN ¿Que no? ¿para qué quiero vivir? ¿Ves que la Valeriana, la sobrina del médico, tiene las narices como un altabón, y que los ojos de la Petra parecen dos parches de cerato simple y que en la boca de la Juana se puede uno meter con el paraguas abierto? Pues las tres me han dicho que nohes.

JULIO ¡Qué exagerado eres! ¿No tuviste relaciones con la Julia?

JUAN Ni con la Julia ni con la Petra.

JULIO Pero las tienes, y muy íntimas, con la botánica.

JUAN Eso sí; estudio con afán, con rabia para llegar á ser boticario, como tú para ser médico.

JULIO ¡El día que lo seamos!

JUAN ¡Casi nada!

JULIO ¡Un médico y un boticario de acuerdo!...

JUAN Ni la peste amarilla; porque tú á recetar y á recetar, y yo á despachar y á despachar gente, nos hacemos amos del pueblo por derecho de herencia.

JULIO Me parece que sale mi novia.

JUAN Pues acércate sin miedo á su reja, que yo te guardo las espaldas.

JULIO Lo mismo haré contigo en ocasión semejante.

JUAN ¡Guardarme las espaldas! ¿Y para qué me vas á guardar este espanta-mujeres? Anda, que sale; pero concluye pronto si hemos de ir á saludar á ese oficialito amigo tuyo, que llega hoy.

JULIO Falta más de una hora para la llegada de las tropas del relevo. Espérame en el herbolario.

JUAN Adiós y que ayroveche. (Mutis Juan por la calle del fondo. Julio se acerca á la ventana de la izquierda.)

ESCENA III

JULIO y TERESA

Música

TER. (En la ventana.)
¡Julio!
JULIO ¡Teresa!
lejos de tí,
sol de mi vida,
no sé vivir.
TER. Siento lo mismo
dentro de mí.
JULIO Deja las flores,
mírame así.
(Sale Teresa de la casa.)

Es tu cariño mi alegría,
el ser tu dueño mi ilusión,
vivir sin tí triste agonía
que me destruye el corazón.
Jamás me olvides, vida mía,
quíereme siempre como yo.

Eres, niña del alma,
de mis penas consuelo,
eres el bien que me he lo,
mi más puro ideal.
Junto á tí soy dichoso,
para tí solo vivo,
mi corazón cautivo
tuyo es y será.

TER. Si mi cariño es tu alegría
y el ser mi dueño tu ilusión,
yo pienso en tí de noche y día
y soy dichosa con tu amor.
Jamás me olvides, Julio mío,
quíereme siempre como yo.

TERESA

Cuánto ansío el momento
de llamarme tu esposa
y de vivir dichosa
cual ninguna lo fué.
Será tuya mi vida,
tuyo mi pensamiento,
tuyo el amor que siento,
mi pasión y mi fe.

JULIO

Cuánto ansío el momento
de llamarte mi esposa
y verte ser dichosa
cual ninguna lo fué.
Será tuya mi vida,
tuyo mi pensamiento,
tuyo el amor que siento,
mi pasión y mi fe.

Hablado

TER. Vete ¡por Dios! Julio, que mi abuelo puede salir y sorprendernos.

JULIO Mejor, si al cabo lo ha de saber

TER. Que está en la satería y puede salir...

JULIO Hoy mismo le hablo. Pues poquitas ganas que tengo de decirle: «Veterano, le ha dado Dios á usted una nieta más bonita que el sol de un día de victoria, más gallarda que la bandera del regimiento, con unos labios más rojos que la cinta que se pone en el pecho de los valientes, y con dos ojos que se meten dentro del alma como el toque de las cornetas; pero esa niña tiene unos pies como dos goloudrinas, y esos pies son muy chiquirritines, demasiado chiquirritines para que pueda andar sola. ¿Me deja usted que la lleve de la mano? Y ya verás, ya verás cómo me da tu mano, este copito (Le coge la mano y se la besa.) de nieve sonrosada que yo voy á desgastar á besitos muy pequeños para que me dure...

ESCENA IV

JULIO, PEDRO, TERESA

PED. ¡Pero niño! (Por la calle del fondo con dos cubos llenos.)

TER. ¡Jesús! (Mutis corriendo por la puerta del sastre.)

- PED. ¡Pero señor matasanos en ciernes!
- JULIO ¿Qué?
- PED. Nada. Que si el abuelo de la niña, mi amigo Pablo, se entera de la cosa... ¡Ni la retirada de Moscow!
- JULIO No será tanto.
- PED. Cuando él, que no tiene más Dios que su nieta, se entere de que tú la enamoras, cuando sepa que por las noches, mientras él charla conmigo de campañas en mi figón, tú y la niña habláis por la ventana de la cocina, porque mi mujer es muy complaciente; cuando suponga, como yo supongo, que tus intercesiones son más torcidas que un saca orchos. ¡Waterlól!
- JULIO Ni en broma digas eso. Yo quiero mucho á Teresa.
- PED. ¿Mucho?
- JULIO Sí.
- PED. ¿De veras?
- JULIO De veras.
- PED. Menos mal, porque el que quiere á la chica debe querer al abuelo. A ese pobrecito anciano, que es mejor que el vino añejo.
- JULIO ¿Y que?
- PED. (Con misterio y bajando la voz.) Tú ya sabes que la última vez que lo condenaron estuvo nueve años preso, y que al ponerle en libertad, le advirtieron que sería deportado á Nueva Caledonia si volvía á batirse con la guardia real.
- JULIO No te entiendo.
- PED. Pues que algunos oficiales de los que vienen hoy á relevar la guarnición proceden de la guardia real y...
- JULIO ¿Estás en tu juicio? ¿Quién será capaz de metirse con un viejo? No digas tonterías y vete á ver la llegada de las tropas.
- PED. ¿Yo? ¡Yo! Un veterano del treinta y dos de línea, un fiel servidor de la República, ¿ir á ver eso? Antes me dejaba colgar. Primero me bebía dos vasos de agua.
- JULIO Haz lo que quieras; pero ¿de dónde vienes con eso?

PED. Hoy me siento obispo.
JULIO. ¿Obispo?
PED. Sí, señor, voy á confirmar un tonel que he bautizado esta mañana. (Se oye toser dentro á Pablo.)
JULIO. Pues pase Su Ilustrísima y deme su bendición.
PED. Quien te la va á dar es el abuelo que sale.
JULIO. Hasta luego. (Mutis por la calle del fondo.)
PED. ¡Adiós! (Mutis por el figón.)

ESCENA V

PABLO, TERESA

PABLO. Vaya, que no me engañas, tienes amores, (Muy sonriente y bonachón.) bien claro me lo dicen esos colores, que no son los colores que antes tenías; lo dicen esas raras melancolías que ocultas no queriendo causarme enojos, y esa humedad brillante que hay en tus ojos. ¡Tener novio y su abuelo no conocerle!
TER. Que no, abuelo.
PABLO. Bien haces en no tenerle, que el cariño de un novio no es muy sincero, ¿y quién ha de quererte como te quiero?
TER. Nadie, abuelo.
PABLO. Conmigo no te han faltado, ya que tú por desgracia casi has probado esos besos ¡tan beso! que da una madre, el cuidado y cariño propios de un padre. Yo soy viejo, y un viejo que es como un niño, necesita cariño, mucho cariño; y al ver que envejecía me eché esta cuenta: cuando, pasando el tiempo, cumpla setenta y nadie, por inútil, quiera quererme, necesito yo un alma donde meterme. Y ahora, picaruela, que tengo esa alma donde estar metidito solo y en calma, ¿te parece á tí justo que alguien viniera con sus manos lavadas á echarme fuera?

No, hija; no habrá un hombre tan majadero que pretenda quitarme lo que más quiero; pero si hay en el mundo quien tal intente, que venga sin tardanza, venga el valiente á robar mi tesoro, que yo, aunque viejo, tengo dura la mano, duro el pellejo, y puños suficientes y corazón para hacer pedacitos el del ladrón.

ESCENA VI

DICHOS y JULIO

JULIO Pues aquí está ese valiente.
PABLO ¡Cómo! ¿Tú, mala cabeza?
 (Entre ofendido y risueño.)
 Vaya, no me hagas reir.
JULIO No, señor, la cosa es seria.
PABLO Chiquillo, dejame en paz
 y déjate de simplezas
 y vete á tu casa á que
 te pongan la chichonera...
 porque son malos, muy malos,
 los golpes en la cabeza. (En cómico.)
JULIO ¿A mí golpes? ¿golpec tos?
 Bien, deme usted los que quiera.
 pero yo... yo le aseguro
 que me caso con su nieta,
 porque estoy loco perdido,
 sí señor, loco de veras
 por esa boca que es una
 flor de granado entreabierta,
 y esos ojos que prometen
 tantas cosas y tan buenas,
 y ese color de pavía,
 y esos rizos, y esas trenzas,
 y además, por esa frente
 que me está diciendo: lleva,
 lleva esa frente á tu madre
 para que dé un beso en ella,
 que solo labios de santa
 deben besar la inocencia.
PABLO A este en dejándole hablar...

- TER. (Que se ablanda, aprieta, aprieta.)
(Aparte á Julio.)
- PABLO No se hab e más del asunto.
- JULIO Pero toda la gloria esta
¿va á ser para usted solito?
- PABLO Toda, sí.
- JULIO Por Dios, comprenda...
- PABLO Nada quiero comprender,
conque largo, calavera.
- JULIO ¿No hay apelación?
- PABLO Ninguna.
- JULIO Bueno, pues compro una cuerda
y me ahorco.
- PABLO ¿Qué has de ahorcarte?
- JULIO Sí, ¡me ahorco!
- PABLO Como quieras.
- JULIO O me tiro al río.
- PABLO Bien
- JULIO O me pincharé una arteria.
- PABLO No esta mal.
- JULIO O me receto.
- PABLO No; ojo con las recetas,
que el diablo las carga y...
- TER. (Duro, que esta hecho una breva.)
(Aparte á Julio.)
- JULIO ¿No me da esté una esperanza,
señor Pablo?
- PABLO ¿Yo? Ni media,
y déjame en paz y vete,
que si pierdo la paciencia...
- JULIO ¡Anda, y crée que me asusto!
¡Asustarme! Buena es esa.
Si soy yo todo un valiente
con toda la barba. ¡Ea!
¿Qué? ¿Que tira usted muy bien?
Yo manejo la lanceta,
y las heridas de espada
se curan las más de ellas,
¡pero al que yo sangre!... A ese,
créalo usted no le llega
á tiempo la Extrema-Unción
si está algo lejos la iglesia.
Conque deme una esperanza
y ya verá cosa buena

cuando en vez de un corazón
sean dos los que le quieran
y cuando los tres vivamos
en una casa pequeña
que nos obligue á estar juntos
muy juntos, ¿verdad, Teresa?
y usted nos cuente episodios
y sucesos de la guerra,
que nosotros oiremos
así... con la boca abierta,
diciéndonos con los ojos
Teresa á mí y yo á Teresa:
«Qué bueno que es *nuestro* abuelo,
¡qué bueno! ¡bendito seal»
PABLO ¡Qué demonio de chiquillo!... (Emocionado.)
y tú te callas (A Teresa.) y dejas
que éste diga... y... oye tú, (Rápido á Julio.)
casarse es cosa muy seria...
pero á estudiar... á ser hombre...
y en cuanto á esperanzas... tenlas.
JULIO Que ensanchen el cementerio,
sí, que lo ensanchen de veras,
porque no tardo dos años
en concluir la carrera.
¡Qué bueno que es *nuestro* abuelo!
¡Qué bueno! ¡Bendito seal
Voy á decirle corriendo
á Juanín la buena nueva.
Adiós *mi* querido abuelo.
PABLO Adiós, loco.
JULIO Adiós, Teresa. (Mutis por el foro.)

ESCENA VII

TERESA, PABLO y PEDRO

PED. Buenas tardes. (Con dos espadas debajo del brazo.)
TER. Felices.
PABLO ¿Vienes? Que vamos
á dar el paseito que acostumbramos
hasta el bosque de encinas, si es que me atrevo.

- PED. Comprendido, no quieres ver el relevo ni recordar, al verlo, las estocadas que fueran hace tiempo tan celebradas.
- PABLO. Eso que dices. ¿Conque, quieres venirte?
- PED. Hay muchos parroquianos. Iba á decirte que uno que no tiene con qué pagarme estos pinchos, en prenda, quiere dejarme. ¿Valen algo?
(Coge una espada Pablo.)
- PABLO. ¡Buen hierro! ¡Muy bien templado!
¡De primera, Perico! Bien rematado.
La hoja, un poquitillo, resulta corta y la guardia es pequeña, pero no importa,
(Blandiéndola.)
con esta y con los puños que yo tenía...
¡la ensalada de golpes que se armaría!
(Manejándola con maestría.)
- PED. Míralo, ya lo tienes electrizado.
- PABLO. No mates más, abuelo. Se ha entusiasmado.
En el mismo momento que un arma toco, recuerdo aquellos dias, me vuelvo loco, y no puedo explicaros qué es lo que siento; pero me entra de pronto cierto ardimiento que produce en mis huesos escalofríos y que infunde ¡hasta al viejo! fuerzas y bríos y me noto más ágil, y río y gozo, y hasta creo, Perico, que me remozo.
(Juega con la espada.)
- PED. Con treinta añitos menos que tiene ahora ni diez espadachines, ¡ni mi señora!
- TER. Es verdad que no hubiera nunca pensado verle de esa manera, tan remozado.
- PABLO. (Soltando la espada y tosiendo sofocado.)
Pero, ¡ay!... que esta locura... se pasa pronto... y me digo en seguida... no seas tonto... Déjate ya de esgrimás... y de quimeras... mal sastre... si no puedes... con las tijeras.
¡Pícaro tos!
- TER. ¿Se pasa?
- PABLO. Ya se ha pasado.
¡Canastos! que mis fuerzas me han engañado. Otra vez, cuando veas que así enloquezco, dame dos azotitos que lo merezco.
(Se oye á lo lejos el redoblar de los tambores.)

- PED. Escucha.
PABLO Los redobles de los tambores,
anunciando que llegan esos... traidores,
esos hijos de Francia de mala ley
que si no tienen amo se dan un rey.
PED. La sección de vanguardia viene avanzando.
(Mirando hacia la izquierda.)
A casita, Perico.
PABLO Vamos andando.
PED. ¡Que viva la República! (Entra en su casa.)
PABLO Prudencia y calma
y esa... en vez de en los labios ¡tenla en el alma!
(Mutis último término izquierda.—Música en la orquesta.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Cuerpo de guardia. Mesa con vasos y una gran ponchera ardiendo en el centro

ESCENA VIII

JULIO, JUAN, SANSÓN, CARLOS, VÍCTOR y LUIS. Dos oficiales. Sansón, Carlos, Víctor y Luis, con bandas que indiquen su precedencia

- JUAN ¡Ponchel ¡Más ponchel
SAN. A la salud de nuestros alegres invitados.
(Levantando la copa y bebiendo.)
JUAN ¡Por la milicia!... ¡Por el ejército francés!...
¡Por... venga más ponche! (Nada más que un poquito alegre.)
JULIO ¡Por la nueva amistad!... (Chocan los vasos.)
LUIS Y por aquel barrio latino donde tú y yo hicimos juntos nuestras primeras locuras estudiantiles. (A Julio chocando con él.) Ha sido una lástima que no viniérais antes. Hemos tenido una timba escandalosa y un almuerzo de primera.

- JULIO Me conformo con haber llegado á esto.
CAR. (A Víctor.) Talla los cien luises que nos has ganado.
VIC. Vengan barajas.
JULIO Eso, á jugar, á jugar.
LUIS Dejaos de barajas y á beber.
JUAN Muy bien dicho. A beber, á beber.
SAN. No hay más remedio, jugar ó beber. En este pueblo nuestras espadas criarán moho, porque aquí no hay con quién reñir.
VIC. No pides tú pocas gollerías. ¿Con quién íbamos á reñir?
JUAN Eso digo yo, ¿con quién íbais á reñir? (Con valor cómico.) Como no fuera conmigo.
JULIO ¿Contigo?
JUAN Conmigo, sí ¿Qué? Vosotros sois militares; yo farmacéutico. Pues por lo mismo. Ríete de Alejandro, de Aníbal y Napoleón cuando yo abra mi botica.
SAN. ¿El señor es farmacéutico?
JUAN En canuto, nada más que en canuto. Ahora estoy de prácticas en el herbolario de la plaza, un establecimiento donde encontrarán ustedes desde la emoliente y mucilaginoso malva, de cinco pétalos hipogynos, de la honrada familia de las malváceas, hasta el herbáceo y fistuloso comino, familia de las umbelíferas.
VIC. Trae una esponja que se ha vertido. (A Sansón.)
CAR. Y ponle un tapón. (Idem.)
LUIS ¡Y yo que me he venido sin paraguas!... (A Julio.)
JUAN Pero la especialidad de la casa, es la venta del hirudo medicinalis, anhélido del orden de los abranquios, vulgo sanguijuela, formado por gran número de anillos, de los cuales el primero es la cabeza.
SAN. Este se está burlando y me parece que voy á romperle el primer anillo. (Aparte á Víctor.)
CAR. ¡Caramba con el amigo! ¿Y dí, (Dándole golpes en la espalda.) es de resorte la... sombrera?
JUAN Es de... narices en salsa. (Incomodado.)

- SAN. Otra copa tú... ¡mucilaginoso!
JUAN No bebo, capitán, no bebo... (Se la bebe.) Esto entona y fortifica. (Castañeteando la lengua.) Casi, casi me siento valiente. ¡Ah! Si yo supiese manejar la espada como el veterano!... (Accionando ridículamente.)
- SAN. ¿Qué veterano es ese?
JUAN ¡Nadiel... Pablo Dufer, (Llenándose la boca pronunciando ese nombre.) que en menos tiempo que yo despacho media onza de pomada angélica, á estocadas te hace a tí en el torax una copia del Pasma de Sicilia! ¡Y con dedicatoria!
- SAN. ¿De veras? ¿El sargento Dufer? Pues poquitas ganas que tenía de conocerle.
- CAR. ¿Tú le conoces?
JUAN Ya lo creo; le conozco hace... hace (Contando con los dedos.) lunes uno... martes dos... miércoles tres... hace veintiun años.
- CAR. Hay que buscarle.
VIC. Claro que sí.
- SAN. Es preciso que nos proporciones esa ganga.
JUAN Cuando queráis.
- SAN. Ese es el célebre sargento, que, cuando se dió el golpe de Brumario que acabó con la República, no quiso admitir el puesto que se le ofrecía en la guardia de Napoleón y se batió con sus compañeros de armas, porque reconocieron y juraron al primer Cónsul.
- VIC. ¿Es ese el que se batió después con la guardia Imperial y últimamente con la Guardia Real de Carlos X?
- JUAN El mismo.
- CAR. Pero si es un viejo.
- VIC. Una ruina.
- SAN. Un carcamal.
- JUAN ¡Sí, sí un carcamal!... Si le vieran ustedes cuando se le hinchan las narices...
- JULIO Señores, que se trata de un anciano y no está bien que le insultéis.
- JUAN Y abuelo de tu novia, por añadidura.
- SAN. Entonces no me extraña que le defienda, pero yo sostengo que todo lo que se cuenta de que mató á dos oficiales, de que hirió á

cuatro y de que desarmó á tres es pura leyenda.

VÍC. Cuentos de comadres.

CAR. Exageraciones.

VÍC. Un viejo.

JULIO ¡Señores! (Protestando.)

SAN. Un rufián que alquilaba su espada...

VÍC. ¡Un espadachin fullero!

CAR. ¡Un duelistá de mala ley!

JULIO ¡Mentira! (A Sansón.) ¡Mentira! (A Víctor.) ¡Mentira!
(A Carlos. A todos con ira.)

LUIS ¡Por Dios, Julio'...

SAN. ¿Quién es capaz de desmentirme á mí?

JULIO Yo.

SAN. Tú eres un chiquillo.

JULIO Pues chiquillo y todo os digo que mentís.

JUAN Y yo, es decir, éste. (Escondiéndose detrás de Julio.)

SAN. Pues esas palabras hay que comérselas.

VÍC. Lo mismo digo.

CAR. Y yo.

JULIO ¿Comérmelas? Al contrario; esas palabras las sostengo. (Furioso.)

LUIS ¡Julio!

JULIO Déjame; las sostengo: los que como vosotros proceden de la Guardia Real, y llevan cruzado el pecho por esa honrosa banda, no juzgan por las apariencias, ni se dejan arrastrar por el despecho. ¡Eso es de cobardes!

SAN. ¿Cómo?

JULIO De cobardes, repito. Ese sargento, ese espadachin fullero, es vuestra pesadilla.

JUAN (¡Lo moleculizan!)

VÍC. No es posible aguantar más. ¡Sitio!

JULIO La cruz de piedra.

CAR. ¡Hora!

JULIO Las ocho.

SAN. ¡Armas!

JULIO Las que matan.

LUIS Camaradas, tened en cuenta qué mi amigo...

VÍC. A tu amigo le vamos á cortar las orejas.

JULIO ¡Lo creo difícil!

CAR. Y á birlarle la novia.

JULIO Eso... lo veremos. Cuento contigo. (A Luis que le da la mano.)

JUAN Vaya si lo veremos.
CAR. No hay más que hablar.
SAN. Sí; hay que decidir con cuál de los tres...
JULIO ¡Con los tres; porque es difícil saber cuál de los tres es más cobarde!
SAN. ¡Ira de Dios! (En actitud de arrojar sobre Julio.)
VÍC. ¡Otra ofensa! (Idem.)
CAR. ¡I al injurial! (Idem.)
JULIO (Conteniéndolos con un gesto de valor tranquilo,) ¡A las ocho!... (Mutis Julio del brazo de Luis.)
JUAN (Medio mutis. Con arrogancia cómica, mirando á los tres oficiales de pies á cabeza.) ¡ESOL ¡A las ocho!... ¡A las ocho!.. (Cuando dice la primera vez «á las ocho», Sansón levanta el puño y Juan sale corriendo tapándose la cabeza con las manos, como temiendo que le den un golpe. La segunda vez que diga «á las ocho», lo hará rehaciéndose junto á la puerta y más arrogancia cómica. Sansón vuelve á levantar el puño y Juan sale corriendo.)

MUTACION

CUADRO TERCERO

Taberna. Al fondo derecha mostrador y estantería con botellas y frascos. Al foro, puerta que comunica al interior. Primera izquierda puerta grande de entrada al establecimiento. Primera derecha ventana grande y baja donde se sienta á su tiempo Pablo.

ESCENA IX

TERESA, PABLO en mangas de camisa, PEDRO, CHICO despachando y CORO; al terminar «La Carmagnola» mutis Coro de señoras primera izquierda

Música

CORO Copas y vasos
llena otra vez.
Siga la broma,
quiero beber.

Venga más vino,
dadnos más rom,
¡vivan la bulla
y el buen humor!

Cierra esa puerta
y esas ventanas,
que el viejo Pablo
va á cantar una
de sus canciones
republicanas.

PABLO Amigos míos,
no estoy en voz,
lo haré mañana
si tengo humor.

CORO No te disculpes,
vas á cantar.

PABLO ¿Quereis que cante?
Pues escuchad
la Carmañola
que es la canción
que alegra el alma
y el corazón.

Familia y casa abandonad
que la nación...
que la nación.

CORO Que la nación.

PABLO De tiranías harta ya
se reveló.

CORO Se reveló. (Con entusiasmo y brío.)

PABLO Venid á conquistar
su ansiada libertad.
Cantad la Carmañola
mientras lucháis con valor,
cantad la Carmañola
al rudo son del cañón.

CORO Cantad la Carmañola, etc....

PABLO Esclavo pueblo, basta ya
de padecer.

CORO De padecer. (Brío.)

PABLO La raza infame que te oprime
ha de caer.

CORO Ha de caer.
PABLO Venid á pelear
por nuestra libertad.
Cantad la Carmañola
mientras luchais con valor,
cantad la Carmañola
al rudo son del cañón.
CORO Cantad la Carmañola, etc...

Hablado

VOCES ¡Otral ¡Otral
PABLO No, basta de canciones y dejadme trabajar.
(Se sienta y cose.)
VOZ Otra sola.
PABLO Que no; hay que aprovechar aquí el tiempo
y la luz para concluir esto. (Cosiendo.)
PED. ¿Tienes muchas prisas, eh?
PABLO Muchas.
PED. Entonces hoy no hay charla.
PABLO No; que cuando tú y yo nos ponemos á re-
cordar buenos tiempos y campañas, ni tra-
bajamos, ni vemos, ni entendemos...
PED. Ni bebemos. (Bebiendo.) ¿Te acuerdas de nues-
tro primer combate en la frontera?
PABLO No me tientes, hablador, no me tientes.
PED. Yo me acuerdo muy bien. Cuando terminó
la batalla, el general mandó formar al 32 de
la línea, ordenó batir cajas, callamos y Dou-
mouriez, el propio Doumouriez, gritó: «Sol-
dado Pablo Dufer, ¡dos pasos al frente! ¡Y
vaya un abrazo que te dió!
PABLO ¡Cállate, callate, tentador!
PED. ¿Y del gran día de las Pirámides, te acuer-
das?
PABLO ¡Ah! ¡Jamás le olvidaré! ¡Hice un zafarran-
cho!...
PED. Y yo ¡hice un rancho!...
PABLO Por confiarme demasiado me hirió aquí
(Señala el pecho.) un mameluco.
PED. Y á mí, porque pelé mal las patatas, tam-
bién me hirió otro mameluco: el furriel de
la segunda, ¡que atizaba unós puntapiés!
PABLO Pero por aquella herida me dieron una cruz.

PED. Y á mí otra.
PABLO Yo la llevo aquí guardada, (Se le ve una cruz al desabrocharse.) porque para llevar dignamente una cruz, hay que colocarla encima de una cicatriz.
PED. ¡Ah! ¿Pero es que las cruces deben llevarse encima de las correspondientes cicatrices?
PABLO Claro que sí.
PED. Entonces yo no puedo ponerme la mía, porque no he recibido más herida que la que me lizo el furriel de la segunda... y...

ESCENA X

DICHOS y JUAN, primera izquierda

JUAN (Corriendo, sofocado.) ¡Señor Pablo! ¡Pedro! ¡Teresal
PABLO ¿Qué ocurre?
PED. ¿Qué pasa?
TER. ¿Qué sucede?
JUAN Un grano de vascular exógena con perignio doble; un grano de anís.
PABLO Acaba de una vez. ¿Qué ha ocurrido?
JUAN Una friolera; que Julio va á batirse con tres de los oficiales que han llegado hoy y que proceden de la Guardia Real.
PED. Si no sabe coger un arma.
TER. ¡Batirse él! ¡Lo van á matar!
PABLO ¿Y por qué se bate?
JUAN Verá usted. Nos ha invitado á un ponche en el cuerpo de guardia, un amigo suyo. Sin saber cómo, estando algo calientes las cabezas se ha hablado de usted.
PABLO ¿De mí?
PED. (Lo que yo temía.)
JUAN De usted, sí, señor; le conocen mucho y han dicho... han dicho...
PABLO Acaba.
JUAN Es que...
PABLO Dilo.
JUAN No me atrevo...
PABLO Te lo mando.

- JUAN Pues han dicho que usted fué en sus buenos tiempos un espádachín tramposo y de mala ley.
- PABLO ¡Mentira! (Dando un puñetazo sobre la mesa.)
- JUAN Eso es lo que ha dicho Julio. «¡Mentira!» Y se ha armado una trifulca de mil demonios; yo he pasado un miedo... en fin, que Julio se bate, que se bate nada menos que con los tres.
- PED. ¡Pobre muchachol
- TER. Por Dios, abuelito, que no se efectúe ese lance.
- PABLO Pero, hija mía, ¿cómo quieres que yo lo evit. ? y aunque quisiera, ¿dónde encuentro yo ahora á esos oficiales?
- JUAN Ellos han quedado en reunirse aquí, en esta taberna, porque Julio, su amigo el subteniente y yo, les esperamos á las ocho en el callejón de al lado, junto á la cruz de piedra.
- PABLO (A Teresa.) Entonces todo puede arreglarse.
- JUAN (A Juan.) ¿Y tú, á qué vas?
- JUAN Soy padrino, padrino de Julio, y no le abandono, no señor; y aunque no valgo para matar á una mosca, he cogido este sable (Sacándolo del caño del pantalón.) y al que ofenda á Julio... le doy un cintarazo que le divido.
- PABLO ¿Tienes la seguridad de que se reúnen aquí?
- JUAN Completísima.
- PABLO Pues tranquilízate, niña, y tú vé y dí á Julio de parte mía que ya no hay lance.
- JUAN ¿De veras? (Muy alegre.)
- PABLO De veras.
- JUAN Entonces voy corriendo, porque me esperan, y luego cenaré.
- PED. ¿Qué quieres cenar?
- JUAN Una ración de gasterópodos con dos tentáculos retráctiles y sin opérculo.
- PED. Dí claro lo que quieres ¡caracoles!
- JUAN Eso es; caracoles. ¡Cómo se pega la ciencial! ¿Conque ya no hay estocadas? ¡Qué gusto! Toma. (Da el sable á Pedro.)

PED. ¿Para qué?
JUAN ¡Bueno está el pueblecito! Para que no me lo quiten. Hasta luego. (Mutis. Pedro se queda mirando en la puerta.)

ESCENA XI

DICHOS, menos JUAN

TER. ¿Conque impedirás el lance?
PABLO Lo impediré, sí, hija mía.
TER. ¿Y si esos hombres se empeñan?..
PABLO ¡Bah! no seas aprensiva.
PED. Ya vienen, Pablo, ya vienen.
PABLO Calla y no te asustes, niña.

ESCENA XII

DICHOS, SANSÓN, CARLOS y VÍCTOR, por la primera izquierda

SAN. (Alegre, pero no borracho.)
Tenemos tiempo de sobra
para tomar dos copitas.
CAR. (Idem.)
Pero, ¿dónde las tomamos?
No hay ni una mesa vacía.
VIC. (Idem.)
Se hace que la desocupen
á sablazos.
PED. (Estos lilas
vienen buscando camorra;
ten prudencia.) (Aparte á Pablo.)
SAN. Pero mira
qué zopencos, no lo entienden.
Vamos á ver, avefrías,
desocupad una mesa
ó rompo á uno tres costillas.
PED. ¿Tres costillas? No son muchas.
SAN. Habrá mesa, y en seguida,
pedazo de atún.
PED. ¿A mí?
¿A mí? me ciega la ira.

- Ese insulto á un veterano.
¡y del treinta y dos de línea!
Muchacho, dí á mi mujer
que salga aquí en seguidita.
Ahora verán lo que es bueno.
- PABLO Vaya, vaya, no haya riña,
y tú, Perico, repara
que es gente de sangre viva
y... se acabó la cuestión.
Tú, levántate, hija mía;
aquí tienen mesa.
(Se sienta en la ventana y sigue éosiendo.)
- SAN. Gracias.
VIC. La muchacha es muy bonita.
(Sentándose los tres.)
CAR. Y el abuelo muy amable.
SAN. Vengan vasos y bebida.
¿Dónde queréis que le pinche
al doctor en medicina?
CAR. Déjame lo á mí.
VIC. No, á mí.
TER. ¡Dios mío!
PABLO (Calla, chiquilla.)
SAN. Oiga, abuelo, este botón
se está cayendo.
PABLO En seguida:
tengo aguja y tengo hilo,
y aunque estoy mal de la vista
lo cosaré.
(Sentándose al lado de Sansón, casi en el centro de la
escena.)
- SAN. Muchas gracias.
Conque á ver, que se decida.
¿Le mato ó le dejo tuerto?
Decídmelo
- PABLO ¡Carambita!
¿Hay duelo?
- SAN. Sí, poca cosa;
un niño que me recía
que le diera una estocada
de verdad.
- PABLO Y diga, diga;
tirarán ustedes bien.
- SAN. Pues hombre, ¡bueno sería!

CAR. Este es de primera fuerza. (Por Victor.)
VIC. Y á éste cualquiera le pincha. (Por Sansón.)

Ni ese ex sargento Dufer
que aquí ponderan y admiran
porque no saben que fué
un rufián que se vendía,
era capaz de pincharle.

SAN. ¿Ese cobarde?

PABLO (sin poderse contener.) ¡Por vida!

SAN. ¡Ehl que me ha pinchado usted.

PABLO La costumbre. . Ya la vista
no me ayuda. Nena, adentro.
(Deja de coser.)

TER. Abuelito...

PABLO A la cocina,
que vamos á hablar de cosas
que tú no debes oirlas.
(Matis Teresa por la puerta del foro.)
Pues yo creo que ese viejo
á quien ustedes denigran,
fué un hombre digno, muy digno,
no como ustedes le pintan.

VIC. ¿Le conoció usted?

PABLO Bastante;
¡vaya si le conocía!
Era un hombre fuerte, sano,
de inteligencia despierta,
que llevaba muy ufano
el corazón en la mano
y la mano siempre abierta.
Soldado digno y prudente
y á la consigna obediente,
jamás de bravo hizo alarde
y nunca pegó á un cobarde
ni nunca temió á un valiente.
Siempre que en batalla entraba,
cuando el plomo asesinaba
y la metralla barría,
la carga le entusiasmaba,
el peligro le atraía.
Y por el polvo cegado,
y por la sangre excitado,
con natural arrogancia
se batía entusiasmado

al grito de ¡viva Francia!
Y cuando herido caía
al son de la Marsellesa,
mordiéndolo el polvo decía:
«Corre, corre, sangre mía
por esa patria francesa.»

.....
Venció á los que le insultaron
frente á frente, hierro á hierro,
por eso le condenaron
los jueces que le juzgaron
con la infamia del destierro.
Pero no se doblegó
con castigo tan villano
ni su ideal olvidó:
que si fué republicano,
republicano volvió. (Levantándose.)
Tanto, que si resurgiera
mañana, hoy mismo, ahora,
un pueblo que se batiera
tremolando la bandera
de idea tan redentora,
otra vez pelearía
al son de la Marsellesa,
y á su sangre le diría.
«Corre, corre, sangre mía
por esa patria francesa;
corre, corre, por la humana
y santa fraternidad;
corre más, y riega ufana,
con sangre republicana
la flor de la libertad».

.....
(Volviendo á sentarse.)

Ese era Pablo Dufer;
todo lo demás son cuentos.

SAN.

¿Y quién nos va á convencer
de que no se engaña, abuelo?

VIC.

¿O quién prueba que es verdad?

PABLO

¿Que quién? ¡Pues yo, que no mientol

SAN.

¡Qué lástima, amigos míos,
que sea ese hombre tan viejo.

Ya podíamos decir
que hoy el día era completo:

una marcha deliciosa,
que ha resultado un paseo;
buena comida, buen vino,
un par de horitas de juego,
después un ponche caliente
y para remate un duelo;
pero un duelo de verdad
con ese bravo sargento.

VIC. Pues duelo vas á tener,
digo, vamos á tenerlo.

PABLO Cuando los dos que pelean
son iguales en lo diestros;
cuando al ataque atrevido
contesta un golpe certero,
y como rayos deslumbran
las hojas de los aceros;
cuando rápidos se enroscan
y se muerden los dos hierros,
y cuando los que pelean
de herirse no encuentran medio,
entonces y sólo entonces
resulta verdad el duelo.

SAN. Pero un lance con un niño
ni es lance ni tiene mérito.
Conque desistan ustedes
Pero olvida usted, abuelo,
que el mozo nos ha insultado.

PABLO ¡Bah! Los perrillos falderos
provocan á los mastines,
pero ¿qué caso hacen éstos?
Conque desisten... ¿verdad?

VIC. Pero, hombre, estaría bueno.

SAN. Vaya, basta de sermones,
que estamos perdiendo el tiempo.
A tomar la última copa
y á buscar á ese mozuelo.

VIC. Reclamo el primer lugar.

CAR. No; debo ser yo el primero.

PED. Chico, sácame la estaca.

PABLO A ver si te callas, Pedro.
Miren que yo, que en mi vida
he rogado, se lo ruego.

SAN. ¡Por última vez! (Da un reloj) ¡Las ocho!
Amigos, vamos corriendo.

- PED. Lo van á matar.
PABLO Aún no.
(Cierra la puerta primera izquierda y se coloca impidiendo la salida.)
- SAN. ¡Apártese usted!
PABLO No quiero.
VIC. ¡Qué gracia!
PABLO Batirse ustedes con un chiquillo inexperto, eso... francamente, no es ni decente, ni correcto, ni de hombres pundonorosos, ni propio de caballeros.
- SAN. Vaya, déjenos pasar, y no sea usted tan terco.
PABLO ¿Pasar? De aquí no se sale.
VIC. ¿Y quién lo dice?
PABLO El sargento Pablo Dufer, que soy yo.
PED. Y yo.
PABLO Las espadas, Pedro.
(Pedro le da una.)
(Al coro.)
¡Todo el mundo adentro! (Mutis coro por el foro.)
¡Cierra! (A Pedro.)
- VIC. Este lo ha tomado en serio.
SAN. ¡Qué lástima que no tenga unos cuantos años menos!
¡Vaya, paso!
- PABLO Que no hay paso.
CAR. No nos queda más remedio que desarmarle.
- SAN. Hazlo pronto si hemos de llegar á tiempo.
(Música hasta el final de la obra.—Principian á batirse Pablo y Carlos.)
- SAN. Buena guardia, de primera.
(Por la de Pablo.)
- VIC. Una guardia de maestro.
(Después de unos cuantos compases, dando tiempo á que Pablo y Carlos se tiren algunos golpes y los paren, Pablo desarma á Carlos.)
- CAR. ¡Ira de Dios! ¡Desarmado!
PABLO ¡Otro en guardia, otro al momento!

(Se baten ahora Víctor y Pablo durante unos cuantos compases, y el viejo desarma también al oficial.)

VIC.

¡Maldición!

SAN.

¡Otro desarme!

PABLO

Vamos, en guardia el tercero.

(Se baten Sansón y el viejo. El lance se anima; los golpes menudean al compás de la música.)

CAR.

¿Has visto qué mano, Víctor?

VIC.

Mano más dura que el hierro.

SAN.

Tocado.

(Tirándose á fondo. Pablo suelta la espada; Pedro le da otra, que manejará con la izquierda. Todo muy rápido.)

PABLO

Una rozadura;
no es nada; adelante el duelo.
En paz.

(Desarma á Sansón después de unos momentos de pelea.)

SAN.

Saludo á un valiente;
choque usted.

(Le da la mano, y recogen los tres sus espadas.)

ESCENA XIII

DICHOS, luego TEAESA, después JULIO JUAN y CORO DE CABALLEROS

TER.

¡Abuelo! ¡Abuelo!

¿Herido?... (Saliendo por el foro.)

PABLO

No te asustes;

tengo muy duro el pellejo.

VOZ FUERA

¡Abrid pronto al comisario!

PABLO

¡El comisario! ¡El destierro!

(Suelta la espada. Entra por la ventana Julio.)

JULIO

¿Qué ha pasado?

JUAN

Nada, Julio.

JULIO

¡Han perdido á un pobre viejo,
porque lo deportarán!

SAN.

No tal; que lo salvaremos.
En guardia, Carlos. Abrid.

(Abriendo la puerta y apareciendo Juan.)

PED.

¡Pero si es este zopenco!

- JUAN Cuando tres hombres de honor
no concurren al terreno,
quedan los tres á la altura
del albéitar de mi pueblo,
último ser de la escala
homo-sapiens de Liúneo.
(Sale el Coro.)
- JULIO ¿Vamos, señores?
SAN. No hay duelo.
Usted iba á demostrarnos
que Dufer era un maestro,
y lo ha demostrado él.
- JULIO Aun hay algo más.
SAN. ¿Aquello
de birlarle á usted la novia?
Eso se arregla al momento.
- PAELO ¿Cómo?
SAN. Casando á esta gloria.
(A Pablo.)
- JUAN Con este cacho de médico.
SAN. Y yo seré su padrino.
VIC. Y nosotros tres seremos
(Señalando á Carlos y Luis.)
testigos.
- JUAN Muy bien; y yo,
ya que no lo soy del duelo,
seré padrino...
- JULIO ¿Padrino?
JUAN Cuando le hagan bisabuelo. (A Pablo.)
JULIO ¿Y usted qué dice, abuelito?
PABLO ¿Qué he de decir? Que consiento.

TELON

A MIS COMPAÑEROS

¿Creéis que soy ingrato?... ¡jamás!

Os doy las gracias á todos, pero de veras, sin comi-
querías; á tí, Julita, por lo monísima que estuviste y la
paciencia que demostraste oyendo mis cariñosas obser-
vaciones; á tí, Carmen, por tu modestia y discreción; á
Ontiveros, por el cariño con que hiciste el *jobado*, que
te cayó en suerte; y á Curonisy, Nadal, Rodríguez y
Angulo, porque son cuatro Oficiales capaces de luchar
con el mismísimo *Dufer* en persona.

A *tu*, Perico, no te digo nada; bien y bien.

¡Callejita! venga un abrazo que bien te lo mereces.

Al coro en general, mi agradecimiento y... ahí van
unos cuantos abrazos y apretones de manos para todos
los nombrados y los que se hayan quedado en el tintero.

Vuestro,

Pinedo

Lo mismo digo,

A. B. Alfaro

OBRAS DE A. B. ALFARO

Dramas

Ramón el albañil Un acto.

Comedias

Bigotes Idem.

El borrón de tinta Idem.

Zarzuelas

La chula Idem.

El maestro de armas Idem.

El bonete del cura Idem.

Ya se van los quintos, madre Idem.

El veterano Idem.

Novelas

Germán Primero,

OBRAS DE B. PINEDO

Comedias

El borrón de tinta..... Un acto.

Zarzuelas

El bohemio.....:..... Idem.

T. V. O. Idem.

Los concertistas..... Idem.

La misa de campaña..... Idem.

El veterano..... Idem.

Monólogos

La cáscara de pepino.

Argumento para un drama.

Un invento prodigioso.

Al primer tapón...

51174

PINEDO

U.S. No.

1861
1862
1863
1864
1865

...

...

...

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta en todas las librerías.

Será considerado como fraudulento todo ejemplar que carezca del sello de la *Sociedad de Autores Españoles*.

